

A close-up, slightly blurred photograph of several computer keyboard keys. The keys are light-colored with dark markings. The background is dark, making the keys stand out. The text is overlaid on the image.

DIOS ANDA ENTRE PUNTOS Y COMAS

M.^a CRISTINA
INOGÉS

FERNANDO
CORDERO



DIOS
ANDA
ENTRE
PUNTOS
Y COMAS

**M.^a CRISTINA
INO GÉS**

**FERNANDO
CORDERO**



A Pedro Zamora García,
nuestro amigo.
Constructor de puentes sostenibles
entre distintas confesiones cristianas
con actitudes que son sencillas,
pero no fáciles de mantener
en un mundo polarizado.
Anfitrión que invita
a la vivencia de una fe
sin artificios que lleva
a un profundo
encuentro con Dios.

Prólogo

Creo que debería comenzar este prólogo con la O –mayúscula– de original, o con la C de creatividad, o tal vez con la E de evangelización y también de encuentro... Pero lo dejo así, con puntos suspensivos, para que cada lector lo complete con sus propias palabras al final de este apasionante recorrido.

Un recorrido que, si me permiten, les sugiero que hagan con tantos puntos y seguidos como deseen. Es decir, que paren y vuelvan. Que hagan un alto en el camino y reposen en esos espacios verdes que nos proponen Cristina y Fernando para conectar con lo/el que nos trasciende y así «atisbar el susurro de Dios», que anda, en efecto, entre puntos y comas.

Y es que nos disponemos a enfrascarnos en la lectura de un libro muy sugerente, en el que vamos a descubrir, con admiración, cómo Dios –al que a veces colocamos entre paréntesis– nos enreda en el abrazo de una arroba y nos invita a ser protagonistas del guion que ha soñado para cada uno de nosotros.

En ese diálogo que se establece entre el Creador y la criatura, entre el Padre/Madre y los hijos, subiremos y bajaremos el monte de la barra inclinada y, mientras, surgirán cientos de preguntas. Fernando y Cristina, con su personal acento, subrayan algunas de ellas, pero con el signo de los dos puntos dejan abierta la puerta para que seamos nosotros quienes sigamos la enumeración de nuestros interrogantes.

Porque ellos no pretenden en este texto poner los puntos sobre las íes. Más bien nos interpelan, por medio de los signos ortográficos, acerca de nuestra comunicación con Dios y con nuestros hermanos. Una comunicación que, gracias a la simbología del signo, descubrimos pautaada con matices, silencios, susurros y puede que hasta con alguna subida de tono.

Los autores, a los que creo que puedo llamar mis amigos, Cristina y Fernando, nos instan en este viaje a mirar a lo alto, a las estrellas que inspiran el pequeño asterisco, y seguir, como los Magos de Oriente, el

camino que nos indican. Pero siempre tocando tierra, como hace el guion bajo del teclado, para, desde allí, abrir las puertas del cielo...

MARÍA ÁNGELES FERNÁNDEZ MUÑOZ,
directora de «Últimas preguntas» (TVE)

P.D. Y también aprenderemos algo de ortografía.

Introducción

Si, para la gran Teresa, entre los pucheros andaba el Señor, para nosotros su presencia se reduce a algo más pequeño que las cazuelas: los signos ortográficos, quizá imperceptibles para algunos o no valorados, pero cuyo uso correcto, sin embargo, evidencia una comunicación clara y alejada de posibles ambigüedades. No en vano son garantes –como buenos guardias urbanos– de que el tráfico discursivo fluya sin provocar atascos monumentales que impidan la circulación de los mensajes.

Entre puntos y comas –y otros muchos caracteres– se desarrolla la vida de los escritores. En realidad, la vida de cualquiera, porque, aunque no nos alertemos de su presencia, ellos están siempre presentes, realizando un servicio casi invisible e imprescindible, con unas grafías discretas y variadas, complementando a las que son las protagonistas de la comunicación: las palabras. Así queremos que sea este texto: que sirva para algo bueno, como es entrar en diálogo, en relación, la ortografía con la fe, las inquietudes de un campo con las de otro aparentemente diferente. Constatamos que, en la relación –en cualquier relación–, se producen riquezas y frutos totalmente inesperados. Cuando los distintos se aventuran al diálogo, la cosecha es de lo más alentadora e imprevisible, da pie a la creatividad y a desbordar los límites establecidos hasta el momento en los respectivos ámbitos. De ahí que nos hayamos tomado alguna licencia, como la inclusión de la arroba como signo ortográfico –aún no admitido por la Real Academia Española–, el asterisco y la almohadilla. Como tantas cosas, lo normativo viene después del uso de los hablantes. Igual pasa con las enseñanzas del magisterio de la Iglesia a lo largo de los siglos: también se enriquecen e interpretan de otra manera a la luz del Espíritu y del peregrinar del pueblo de Dios.

Desde hace tiempo teníamos muchas ganas de escribir algo juntos. Lo que nunca pensamos fue hacerlo a 10.965 km de distancia, que son los kilómetros que separan Santiago de Chile de Zaragoza. Gracias a los medios de comunicación que tenemos ahora no fue ningún problema, al contrario, le añadió una sensación de sorpresa, ya que, por la diferencia

horaria, cuando nos despertábamos, la visita al correo electrónico iba acompañada de la ilusión de ver qué compartíamos ese día, con qué texto nos deseábamos buenos días.

Realmente, ha sido muy fácil y sorprendente llevar a cabo este cometido. Fácil, por la conexión y el buen entendimiento entre ambos. Sorpresivo, porque las ideas que se nos iban ocurriendo nos han llevado a soñar y a concretar nuestro compromiso en realidades como el ecumenismo, la ecología, la mujer, la diversidad sexual y la necesidad de hacer presente la Biblia en tantos de nuestros diálogos y búsquedas. Sí, este es un libro escrito por una teóloga laica y un religioso sacerdote en búsqueda de la Verdad, en el que nos hemos propuesto tender algunos puentes entre distintos enfoques a temas que para creyentes y no creyentes pueden ser relevantes. No es un texto para poner los puntos sobre las íes, más bien sugiere el respeto y la humildad, ofreciendo la riqueza que supone la alegría de creer en Jesús de Nazaret, el Cristo, y ser miembros de su Cuerpo.

En medio de la crisis del COVID-19 hemos escrito este volumen con tristeza y esperanza. La realidad no nos ha sido ajena en ningún momento. Nunca los puntos suspensivos tuvieron tanto argumento. Y tanto sentido. Meses abrazados a un inmenso interrogante. El mundo, prisionero de un paréntesis. Las sociedades, inmersas en diferentes encrucijadas. Ahora continuamos unidos al nuevo guion que se nos pone delante como humanidad. Nos han zarandeado, además, las muertes de miles de personas con nombre y apellidos que adelantaron en estos meses su partida a la casa del Padre. Vibramos, además, con la muerte de George Floyd, el ciudadano afroamericano que perdió la vida después de ser humillado por un policía, empujado al suelo mientras una multitud observaba. Este hombre inocente fue asesinado por asfixia. En sus últimos momentos pidió a gritos un vaso de agua y habló con su madre. Como Cristo en la cruz.

Esta lectura puede llevar a una fecunda relación y a hallazgos inesperados, inspiradores para la vida cotidiana de cada uno. Relacionemos los signos ortográficos con las diferentes señales o necesarias indicaciones para vivir una vida cristiana desde la ortografía evangélica inserta en el discurso de Jesús. ¡Qué importante que el decir de la comunidad eclesial se convierta en un texto bien leído, vivido y

pausado! ¡Qué necesario que cada uno de nosotros interioricemos trascendentemente el discurso de nuestra vida, poniendo puntos, comas y pausas en el encuentro con el Señor!

Podríamos preguntarnos cómo es el decir y hacer de nuestra vida. ¿Se da una coherencia? Ojalá estas páginas susciten ganas de conocer más la Buena Noticia del Maestro de Nazaret. Con ese deseo cumplido se verían más que satisfechos nuestros objetivos al abordar esta apasionante aventura literaria. ¡Gracias!

CRISTINA y FERNANDO

Los puntos, zonas verdes de Dios

Comenzaremos con los puntos ortográficos que representan la necesidad de saber parar en la vida, de frecuentar los espacios o zonas verdes. Es necesario que nuestras parroquias, capillas, monasterios, santuarios y comunidades sean realmente, como quería Jesús, casas de oración, de encuentro con Dios y de cultivo de la interioridad, al estilo de María. Si se truecan en lugares de simple relación social o «cueva de bandidos» (Mc 11,17), la casa de Dios será atrocemente profanada. Igual que necesitamos espacios verdes para contemplar la naturaleza, respirar aire puro y esparcirnos, del mismo modo aspiramos a que nuestras iglesias sean, cada vez más, zonas verdes para atisbar el susurro de Dios en medio de la historia, elevar juntos como hermanos nuestras plegarias y dar gracias al Dueño de la vida por el don de la existencia. Y todo ello envuelto en el ambiente de la fraternidad, el silencio y el canto, nunca en el ajetreo que proporcionan los grandes almacenes o el ritmo imparable de la cultura digital.

No todo el mundo puede hacer una semana, un fin de semana o algún corto período de retiro. Los jesuitas, expertos en cultivar el espíritu, proponen realizar los ejercicios espirituales o esa búsqueda de zonas verdes en la vida cotidiana. James Martin propone dos metodologías útiles para adentrarnos en la búsqueda del encuentro con Dios. La primera, la contemplación ignaciana, en la que se emplea la imaginación para situarnos en la escena evangélica con estas preguntas que ponen a prueba nuestros sentidos: ¿quién soy yo?, ¿qué veo?, ¿qué oigo?, ¿qué huelo?, ¿a qué me sabe?, ¿qué siento? La segunda, la *lectio divina* o cómo hallar a Dios a través de la Escritura. Con estos sencillos pasos:

- Lectura: ¿qué dice el texto?

- Meditación: ¿qué me dice Dios por medio del texto?
- Oración: ¿qué deseo decirle yo a Dios a propósito del texto?
- Acción: ¿qué cambio introducirá en mi vida el texto?

Además, el padre Martin propone unas preguntas generales, que se pueden aplicar a cualquier texto, para crecer hacia una relación más profunda con Dios:

- ¿Qué quiere decirme Dios por medio de este pasaje?
- ¿Qué aspectos de mi propia vida podrían revelarse?
- ¿Qué preguntas desea Dios suscitar en mi vida?
- ¿En qué sentido se me está invitando a crecer?
- ¿Qué me gustaría decirle a Dios?

En su libro *Juntos de retiro. Encontrar a Jesús en la oración*¹, James Martin desarrolla tanto la contemplación ignaciana como la *lectio divina* en tres pasajes evangélicos: la llamada de Jesús a los primeros discípulos (Mc 1,16-20), la pesca milagrosa (Lc 5,1-11) y el desayuno junto al lago (Jn 21,1-19). De una manera sencilla, se nos ofrece una sugerente composición de lugar para encontrarnos con el Señor, acompañado por unas oraciones que sitúan armoniosamente al orante en este tiempo privilegiado de ejercicios en la vida diaria. Creo que el mérito del autor es saber simplificar sin vaciar de contenido la intuición de san Ignacio de Loyola.

Otra iniciativa flexible para centrarse nos viene de la mano del monje benedictino Bernabé Dalmau², quien nos brinda su práctica de ejercicios espirituales durante sesenta años: la suya propia y la de la comunidad de Montserrat. Concentra las cuatro semanas ignacianas en cuatro días. Sabedor de las diferentes formas de hacer ejercicios, subraya la importancia de posibilitar un desierto para encontrarse cara a cara con Dios y con uno mismo. Es un tiempo para centrarse y detenerse en el camino, teniendo como telón de fondo una intensa vivencia litúrgica.

La propuesta de estas cuatro jornadas está dividida entre mañana y tarde, con los siguientes contenidos: designio de Dios y respuesta del hombre, llamada a la conversión, la muerte, María, discernimiento, centralidad de Cristo, el Espíritu Santo y la Iglesia. Entre las referencias a las que alude el autor están los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio y la *Regla benedictina* para cuidar la relación de amistad con el Señor Jesús.

Habitados por el Resucitado

Por último, para los que quieran ejercitar sus sentidos en clave pascual, nos aproximamos a la animación conjunta que realizan la religiosa y biblista Dolores Aleixandre y el psicólogo laico Alfonso López-Fando³. Si es cierto que hay un necesario ejercicio de espiritualidad que es barruntar a Dios en lo cotidiano, no menos cierto es que estamos convocados, por otro lado, a salir de lo cotidiano para atravesar con Jesús diferentes espacios que pueden iluminar nuestra existencia. El texto nos conduce decididamente a cinco escenarios o paisajes de la Pascua, que son: el Cenáculo, el huerto, el patio, el monte y el jardín. Nos brindan, además, unas pistas para encandilarnos con estos lugares a través de unos apartados de pedagogía espiritual, bíblica y psicológica: «Con la mirada atenta», que proporciona otros textos bíblicos que actúan como «caja de resonancia»; «En contacto con el propio corazón», que conduce a la oración; «Ensanchando el horizonte», que ofrece otras perspectivas a nuestra mirada; «Transformados por lo contemplado», que recoge diversos testimonios. Los autores hacen, pues, una propuesta consistente al contextualizar los textos, convidando a poner los sentidos atentos a cada escenario, conscientes de que los lugares condicionan las palabras que se pronuncian en ellos.

No vamos a desvelar el contenido de esta experiencia espiritual, pero sí resaltaremos algunas pinceladas que nos han cautivado. En ocasiones podemos elegir la posición en la que nos colocamos, otras nos viene dada. No pasa así con la postura, que sí podemos elegir. En la noche de la última cena, los que estaban sentados a la mesa con Jesús compartían un mismo *lugar-posición* como discípulos, pero no todos estaban en la misma *postura-actitud*. El pasaje del huerto nos lleva al discernimiento realizado por una religiosa misionera en Ruanda cuando, en el intento de exterminio de la población, fue violada y continuó con el embarazo, llevando África todavía más adentro. En el patio o atrio del palacio de Caifás recreamos la escena en que Pedro niega a Jesús y «sale fuera» (Lc 22,62). Se nos advierte de que también nosotros salimos «fuera» al rendirnos a la adversidad; sin embargo, al arrepentirnos de nuestra traición, podemos, como Pedro, volver otra vez «dentro».

En el monte del Gólgota descubrimos la desnudez de Jesús y cómo tapamos nuestra propia desnudez. Vislumbramos que «seguir al desnudo» no ha perdido hoy vigencia ni vigor. El capítulo final, enmarcado en el jardín, nos matricula en una escuela de lenguas donde se nos emplaza no a traducir, sino a entrar en el lenguaje nuevo, el del Resucitado.

Descubramos, transitemos por diferentes zonas verdes, que nos pueden ayudar a trascender lo geográfico para encontrarnos con Aquel que sostiene nuestras vidas. Cuidemos la ecología interior, que nos ayudará a convertirnos y descubrir las maravillas de la creación, tal y como se nos invita en *Querida Amazonía*:

Despertemos el sentido estético y contemplativo que Dios puso en nosotros y que a veces dejamos atrofiar. Recordemos que, «cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso». En cambio, si entramos en comunión con la selva, fácilmente nuestra voz se unirá a la de ella y se convertirá en oración: «Recostados a la sombra de un viejo eucalipto, nuestra plegaria de luz se sumerge en el canto del follaje eterno». Esta conversión interior es lo que podrá permitirnos llorar por la Amazonía y gritar con ella ante el Señor⁴.

El acompañamiento, punto de encuentro

Otra zona verde que podemos buscar es la del acompañamiento, en la vida comunitaria o familiar o a un nivel más espiritual, como veremos. Para que el acompañamiento pueda darse hemos de «dejarnos ver», exponernos, hablar, compartir... Cuando las familias o las comunidades religiosas se convierten en hoteles para dormir o comer, es imposible que se dé este acompañamiento, más bien se apaga la mística del vivir juntos. Unos a otros nos ayudamos con el servicio de la escucha, el servicio de las ayudas domésticas y el soportarnos unos a otros. Estos puntos los resalta magníficamente Dietrich Bonhoeffer en el capítulo cuarto de uno de los mejores libros que se han escrito sobre la vida en comunidad⁵.

Tener un acompañamiento espiritual, alguien con quien podamos compartir de corazón, es una ayuda importante –podríamos decir indispensable– para la vida cristiana actual. Esos amigos del alma nos ayudan a permanecer fieles y consistentes en nuestra relación con el Señor. Este acompañamiento se narra magníficamente en la primera